

CAPÍTULO XXI. *De la venida de don Martín Enríquez, quinto virrey de esta Nueva España; y de un encuentro que hubo entre los clérigos y frailes de san Francisco, sobre decir misa en Santa María la Redonda, en esta ciudad de Mexico*



DO DON GASTÓN DE PERALTA, marqués de Falces, a los reinos de Castilla y en la misma flota los licenciados Muñoz y Carrillo, quedó en el gobierno de esta Nueva España la Audiencia, como antes lo había estado, aunque con la riza que Muñoz había hecho ya no les quedaba qué hacer a los oidores que quedaron. Sólo trataban de las cosas ordinarias de el oficio. No duró mucho este toldo, que en el mismo año vino don Martín Enrique, hermano de el marqués de Cañete por virrey, el cual llegó al puerto de San Juan de Ulúa, donde tuvo dares y tomares con un inglés, llamado Juan de Acle.

El año siguiente, que fue el de 1569, hubo un encuentro y disensión entre los clérigos de esta santa iglesia y los frailes de San Francisco, día de la Asunción de Nuestra Señora, sobre el decir misa en su iglesia (que llaman Santa María la Redonda, que está en uno de los cuatro barrios principales de esta ciudad); la cual estaba a la doctrina de la capilla de San Joseph y se venía (como en otra parte hemos dicho) todos los años, en tal día, en procesión a la dicha iglesia o ermita y se cantaba la misa con mucha solemnidad y se predicaba. Quisieron los padres clérigos impedir este acto, o porque quisieran para su administración la ermita, o por estorbar que los frailes saliesen en procesión, como antes lo habían acostumbrado; iba revestido el guardián de San Francisco, que a la sazón lo era el santo varón fray Melchor de Benavente y acompañábanle dos diáconos revestidos y el famoso lego fray Pedro de Gante, que los había doctrinado y criado en la santa fe de Jesucristo, desde el primer año de su conversión. Salió la procesión de el patio de San Francisco, acompañada de mucho número de indios y algunos españoles. Pusiéronse los clérigos en la mitad de la calle, al paso de la acequia, que corre por la una acera de ella y comenzaron a detener las andas que iban delante de el preste y a él le dijeron: ¿que dónde iba con aquella solemnidad?, que se detuviese y volviese a su casa. Salió en su favor el doctor Sandi, que era el alcalde de corte de esta Real Audiencia. Hubo sus demandas, respuestas y porfía en los religiosos, de querer pasar adelante, protestando y requiriendo no fuesen causa de algún motín (porque ya los indios comenzaban a alborotarse, viendo que impedían la solemnidad y celebración de el día); no aprovechó y con más ímpetu y mucho desacato llegó uno y empujando al preste le hacía volver hacia atrás de espaldas; llegó fray Pedro de Gante a detenerle y no aprovechó el buen término, ni palabras religiosas, con que se le había humillado. Y como los indios (que iban muy atentos y se habían juntado muchos a ver lo que pasaba en aquella detención) vieron que los clérigos se habían demasiado

contra los frailes, comenzaron un gran murmullo entre sí y vueltos contra los clérigos, les decían que se fuesen y que dejaran pasar a sus ministros. Ni oían estas razones los dichos clérigos, ni cesaban de empujar y detener a los frailes (tanta como ésta era su cólera), y viendo que no valían ruegos ni palabras y que crecían los desacatos contra los humildes frailes, acogieron los indios a las manos y bajándose por piedras, comenzaron a dar en los clérigos (que eran muchos y venían apercebidos para todo trance) y sobrevinieron tantas, que parecía diluvio y no se sabe de dónde las sacaron en tan crecido número. Muchos castellanos metieron mano a las espadas para detener a los indios y defender a los clérigos. Interpuso su autoridad el doctor Sandi; pero ni los unos bastaron con hierro, ni el otro con el imperio de alcalde, hasta que hicieron huir a los clérigos, que si no lo hicieran los mataran, según estaban ya de encarnizados los indios (aunque de su natural son mansos), y cuando muy bien libró el dicho alcalde, fue arrojándose en la acequia y huyendo muy mojado. Quitaron los indios a dos españoles las espadas. Salieron muchos descalabrados y toda la ciudad de los indios estaba alborotada. Ya en esta sazón no bastaban las voces de los frailes, para que los dejaran y se aplacasen, porque no sólo los varones, sino también las mujeres, convertidas en leonas bravas, a puños de tierra fatigaban y cegaban, así a clérigos como a seculares. Viendo el guardián el escándalo y alboroto no quiso pasar adelante, aunque pudiera (porque con la prisa que los indios e indias habían dado en defenderlos, tenía el campo por suyo), y así se volvió a su casa y dijo la misa en su iglesia de San Joseph. Fue el caso al virrey don Martín Enríquez (por querrela criminal de los clérigos), y con mucho sentimiento de la justicia comenzaron a prender gente, y fueron primero los cuatro alcaldes de las cuatro cabeceiras que iban en la procesión y con ellos otros muchos; otros se iban a ofrecer de su propia voluntad, en especial las indias, que a grandes bandadas iban diciendo que se habían puesto a defender a sus padres y ministros, por la extorsión y fuerza que les hacían. Viendo el virrey el caso tan enmarañado y que mientras más se averiguaba más se iba enconando, acordó con la mucha prudencia que tenía de echarle tierra y disimularle; porque para castigarlo, como pudiera, había de comenzar por uno y acabar en todos (porque todos fueron en el hecho y caso) y era en aquellos tiempos esto muy dificultoso. Fue esta guerra y riña (aunque después de San Juan) paz para todo el año; porque de allí quedó averiguado y entendido lo que los frailes podían, y de allí adelante salieron aquel día (como antes lo acostumbraban) a decir la misa en Santa María, con procesión y ministros revestidos; y si algún clérigo se ponía en la calle, era para mirar y no para ser estorbo en nada. Tanta como ésta era la devoción de los indios para la celebración de sus fiestas; y no era menos el amor y vigilancia con que reverenciaban a sus ministros y padres, que desde sus principios los habían criado.